



EL DIABLO
ILUSTRADO

EL DIABLO ILUSTRADO



CASA EDITORA
ABRIL

la escuela nos enseña a aprender; el resto queda a elección de cada cual, a su afán de conocimiento. Es iluso negar la escuela, por el contrario, hay que aprovecharla y tomar de ella las bases para orientar los estudios personales.

Bacon escribió: la lectura forma al hombre, las conferencias lo alistan; y la escritura lo perfecciona. Con esto, sugiere un proceso que no termina en lo aprendido sino que sigue con la creación; es decir, tu aporte tras la experiencia adquirida, lo que viniera siendo, por ejemplo, escribir. No tiene que ser únicamente escribir —no todos estamos obligados a ser escritores— pero, ciertamente, el conocimiento se adquiere y es deber ofrecer a los demás el fruto de ese cultivo; ya sea mediante un poema, la música, una novela, un artículo, una pintura o, la charla con que animamos a amigos, parientes o a la propia pareja. Escribió nuestro José Martí:

Crimen es la inteligencia cuando, con cada uso de ella, con la palabra privada como con la palabra pública, con la carta como con el discurso, con el acto como con el consejo, no se emplea sin rezagos de interés propio ni pujos de autoridad confesos u ocultos.

El conocimiento es el árbol que nos han sembrado nuestros semejantes, de su afán laborioso lo hemos obtenido, por eso debemos saldar la deuda aportándoles a los demás el fruto que seamos capaces de recoger de él.

No hay peor ciego que el que no quiere leer; la lectura no sólo nos otorga información: igualmente nos dota de vocabulario, de giros idiomáticos, de capacidad para interactuar con la gente. La poesía, por ejemplo, es otra manera de captar la existencia, los sentimientos, los objetos; es como aprender a nombrar las cosas descubriéndoles nuevas dimensiones. Eliseo Diego, nos cuenta de ese mundo que crea en sus hallazgos el poeta:

Voy a nombrar las cosas, los sonoros
altos que ven el festejar del viento,
los portales profundos, las mamparas
cerradas a la sombra y al silencio.

Y el interior sagrado, la penumbra
que surcan los oficios polvorientos,

perfecto. Tratan de que razones lo menos posible porque saben que un hombre culto es la sentencia a muerte del mercado.

Te invito a nuevas reflexiones que hace Eduardo Galeano, esta vez sobre una de las armas con las que el imperio norteamericano coloniza a buena parte del planeta, el cine:

Ya más de la mitad de lo que gana Hollywood viene de los mercados extranjeros, y esas ventas crecen, a ritmo espectacular, año tras año, mientras los premios Oscar atraen una teleaudiencia universal sólo comparable a la que convocan los campeonatos mundiales de fútbol o las olimpiadas. El poder imperial no masca vidrio, y sabe muy bien que en gran medida se apoya sobre la difusión ilimitada de emociones, ilusiones de éxito, símbolos de fuerza, órdenes de consumo y elogios de la violencia. En la película *Cerca del paraíso*, de Nikita Mikhalkov, los campesinos de Mongolia bailan rock, fuman Marlboro, usan gorras del Pato Donald y se rodean de imágenes de Sylvester Stallone en el papel de Rambo.

El primer deber de un hombre es pensar por sí mismo, dijo nuestro José Martí, para eso es imprescindible adquirir una sólida cultura, asimilar desde el análisis, la mayor cantidad posible de experiencia registrada en las diversas ramas del saber; de ese proceso saldrá la identidad de tu pensamiento. De ahí irá emergiendo el sentido crítico que te librará de las redes tejidas por mercaderes, para atraparte en su círculo vicioso, y saldrás entonces hacia los amplios, inacabables y paradisiacos campos de las artes.

El amor al arte aquilata al alma y la enaltece: un bello cuadro, una límpida estatua, un juguete artístico, una modesta flor en un lindo vaso, pone sonrisas en los labios donde morían tal vez, pocos momentos ha, las lágrimas. Sobre el placer de conocer lo hermoso, que mejora y fortifica, está el placer de poseer lo hermoso, que nos deja contentos de nosotros mismos. Alhajar la casa, colgar de cuadros las paredes, gustar de ellos, estimar sus méritos, platicar de sus bellezas, son goces nobles que dan valía a la vida, distracción a la mente y alto empleo al espíritu. Se siente correr

conocidos, otros, por manejos turbios o por banalidades de los monopolios de los medios masivos, se convierten en inmerecidos famosos; pero verdaderamente querido es cualquier ser humano que siembre, con su presencia, paz en los demás.

La publicidad en los países poderosos (y las versiones de peor gusto de los medios masivos latinoamericanos) elaboran verdaderos personajes de ciertas personalidades conocidas del arte, el deporte, la realeza (delicioso anacronismo ese de convivir en el siglo XXI con reyes, príncipes, duques, etc., ¿eh?) o hasta de la política; lo conocido como *star system* (sistema de estrellas). Se trata de diseñar mitos para que sean idolatrados y los imiten. Para eso existen equipos de especialistas (en encuestas, sociólogos, psicólogos, investigadores, diseñadores, directores de fotografía, dialoguistas...) que estudian los gustos de las masas y cómo van variando, según los ambientes informativos y estéticos inducidos por esos propios medios. Sobre esta base montan sus personajes hasta el detalle de corregirles gestos y ademanes, dictarles lo que deben decir en público, tejerles una biografía, o aconsejarles si les conviene determinado peinado, vestuario o exhibirse con un perrito o almorzando en familia. No sólo sucede así con una actriz o un cantante, hasta las campañas electorales son proyectadas con anuncios, reportajes y presentaciones en público diseñadas por estos equipos especializados, donde los personajes son los candidatos.

Toda esa farsa, aparte de crear un cosmos de hombres y mujeres de éxito inventados o deformados por la propaganda (que los transforma en monstruos de doble vida) nos dicta patrones. Así, millones de seres sueñan con llegar a ser otros —las estrellas que aparecen en aparatosas residencias, en un picnic, jugando golf, en banquetes de etiqueta, o paseando por su majestuoso jardín o superpiscina con el gracioso pequinés—, en lugar de buscar las esencias propias que desarrollen su personalidad.

Humboldt nos advirtió: **sólo lo que hemos invertido en nuestro carácter podemos llevar con nosotros.** Uno es, o al menos puede ser, como se lo proponga; nada te impide que, tras un aná-

Esta dicha de cabalgar hacia ti, por los montes frescos y naturales del espíritu, me da el goce de alejarme de la podredumbre universal expandida entre guerras y miserias. Es difícil abstraerse de tanto dolor pero el aliento de tu pureza, de esos ojos que anidan la otra cara de la humanidad —la de los buenos, al final vencedores—, me lleva a la grapa de las páginas, si no salvado, al menos esperanzado.

Sé de un jardín sin puertas, hondo y sincero, sin avaricias ni desigualdades, que me espera adonde quizás no llegue. Pero dándome plenamente a ti, estaré de alguna forma en esa mañana limpia de otro mundo mejor, aunque sea a manera de un recuerdo, quedando para entonces en tu alma, como un sobrenombre...

El diablo ilustrado

Le adjudican a Confucio el siguiente pensamiento, casi axiomático, porque lo aceptamos sin necesidad de mucho argumento: **los cautelosos muy poco se equivocan.** Y es cierto que no andar a la ligera evita problemas. Cada paso en la vida debe llevar una previsión, un estudio; pero, cuidado: la cautela extrema limita la osadía: **el hombre que no comete errores, hace muy poco en la vida.** Toda empresa que se salga de convencionalismos o formalidades tiene cierta dosis de riesgo.

Hay una máxima muy usada entre los negociantes: **el que no se arriesga no gana;** en ella está la idea básica de la publicidad para arrastrar a la gente a comprar nuevos productos. A esto se le podría ripostar diciendo que el que no se arriesga tampoco pierde. Pero, más allá del *marketing* —y otros trucos de ese mundo de marcas y etiquetas—, la frase puede incitarnos en un buen sentido: **el riesgo es algo que debemos correr, siempre que nos proponamos una noble aventura.** No por temor a que las cosas nos salgan mal debemos achantarnos; **la búsqueda de nuevos horizontes debe ser propósito constante.** Por supuesto, que no se trata de lanzarse de cabeza al disparate: **¿qué sentido tiene correr cuando estamos en la carretera equivocada?** Ahora bien, no por huirle al fracaso debemos limitar nuestras posibilidades.

Me gustan mis errores; no quisiera renunciar a la deliciosa libertad de equivocarme, dijo Charles Chaplin, quien amaba esa

Al diablo ilustrado:

Como *ser bueno es el único modo de ser dichoso*, muy feliz has de ser, de diablura en diablura, con tu *fe en el mejoramiento humano y en la utilidad de la virtud*. El agua de tus páginas mitiga esta sed de otro *posible en la infinidad* ante las paradojas que prenuncian, entre prodigios y mutaciones, más espanto que milagros a nuestros espíritus chamuscados; aunque te confieso, la bebo temerosa de mermar con mi aridez tus manantiales; tan necesarios a las floraciones de la bondad.

Soy tu lectora anónima con mi ala izquierda entablillada y releyéndote, agradecida, quien te escribe desde lo más profundo de este jardín donde también se nos caen los ángeles; pero se levantan, convalecen y aun vuelven a volar.

El Cerro, verano del año II, siglo I, milenio III.



CASA EDITORA
ABRIL